

MITOMANÍAS DE LOS SEXOS

**LAS IDEAS DEL SIGLO XX SOBRE EL AMOR,
EL DESEO Y EL PODER QUE NECESITAMOS
DESECHAR PARA VIVIR EN EL SIGLO XXI**

**ELEONOR FAUR
ALEJANDRO GRIMSON**

siglo xxi editores, méxico

CERRO DEL AGUA 248, ROMERO DE TERREROS
04310 MÉXICO, D.F.
www.sigloxxieditores.com.mx

siglo xxi editores, argentina

GUATEMALA 4824, C1425BJP
BUENOS AIRES, ARGENTINA
www.sigloxxieditores.com.ar

salto de página

ALMAGRO 38
28010 MADRID, ESPAÑA
www.saltodepagina.com

biblioteca nueva

ALMAGRO 38
28010 MADRID, ESPAÑA
www.bibliotecanueva.es

anthropos

CILEPANT 241
08013 BARCELONA, ESPAÑA
www.anthropos-editorial.com

Índice

Introducción ¿Los hombres son de Marte y las mujeres son de Venus?	11
1. Mitos sobre la diferencia entre los sexos	21
Los hombres son de Marte, las mujeres son de Venus, 27. Los hombres tienen más fuerza (física, intelectual) y por eso están destinados a ejercer posiciones de poder, 28. Es la vagina, estúpido, 31. Sólo hay dos sexos: varón y mujer, 34. Las mujeres tienen muchas más neuronas comunicativas que los hombres, 37. Las diferencias entre varones y mujeres están inscritas en el cerebro, 38. Los comportamientos sexuales dependen de las diferencias biológicas entre varones y mujeres, 43. En promedio los varones son más inteligentes que las mujeres, 44	
2. Mitos sobre los machos	47
Todos los hombres son machistas, 53. Es un verdadero hombre, 59. Los hombres son más racionales, 62. El ranking de los machos, 65. Son todos putos..., 68. Los hombres eligen cumplir el mandato machista, 70	
3. Mitos sobre las minas	73
Las mujeres son inferiores a los hombres, 79. La mujer nació de la costilla de Adán, 83. En tanto víctimas de la opresión, todas las mujeres son iguales, 84. Las mujeres son más emotivas, tienden a desbordarse y a dejarse llevar por sus impulsos, 87. La menstruación irrita mucho a las mujeres, les afecta el carácter y el humor, 90. Tengo una amiga inteligente, que maneja bien... La verdad, parece un hombre, 92. Las mujeres llevan el vestido de novia en la	

cartera, 94. En el fondo, las mujeres son todas putas..., 96. Las mujeres no tienen poder en una sociedad machista, están condenadas a la más completa pasividad, 99. Las mujeres no compiten por estar primeras en el ranking de las minas, 100

4. Mitos sobre el sexo y la sexualidad

103

De sexo no se habla **versus** Es bueno que hablemos todo entre todos, 109. El sexo es una actividad biológica orientada a la reproducción de la especie, 111. Los occidentales son menos machistas que los orientales, 114. El hombre propone, la mujer dispone, 116. Los machos tienen otras necesidades sexuales que las mujeres, 119. Los varones necesitan sexo más a menudo que las mujeres por cuestiones biológicas, 120. Sexo es coito, 121. Todo tiempo pasado fue peor. ¡Finalmente nos hemos liberado de los mandatos!, 124. Debemos promover una sexualidad políticamente correcta, 128. No hay que preocuparse por el orgasmo femenino porque no tiene ninguna incidencia en la reproducción de la especie, 129. Ya vivimos en una sociedad sin prejuicios sobre la sexualidad, 130. Las redes sociales reducen las relaciones cara a cara, 131

5. Mitos sobre el amor y las parejas

135

Busco mi media naranja, 141. El amor no es más que una palabra, 143. Cada uno se casa con quien quiere, 144. No se puede prohibir el amor, 147. Matrimonio = hombre + mujer, 152. La pareja dura mientras uno está enamorado, 154. Dos personas que se aman se llevan a las mil maravillas, 155. Cuando hay amor, la pareja es una unión de iguales, 156. Todos quieren casarse, 158. El divorcio a veces parece el fin del mundo, 160. La pareja muere cuando se apaga el fuego del amor, 162. No seré feliz, pero tengo marido, 163. Una pareja unida es aquella en la que uno siempre comprende al otro, 164. Para los matrimonios exitosos, todos los días son el primer día, 166. Sólo los giles siguen casados, 168

- 6. Mitos sobre la familia y el cuidado de los hijos** 171
 La familia es la célula básica de la sociedad, 177. Las mujeres tienen un instinto maternal, 181. Los papás de ahora comparten la crianza, 185. Todas las mujeres quieren ser madres, 188. Nadie cuida mejor a un niño que su madre, 191. El complejo de Edipo es universal, 194. Las leyes tratan a varones y mujeres por igual, 196
- 7. Mitos sobre el trabajo y el poder** 199
 Hay más gerentes varones porque están más preparados, 205. No hay diferencias en los ingresos de hombres y mujeres, 208. Las mujeres en cargos de poder se masculinizan, 211. El acoso sexual es un invento para joder a los hombres, 213. La igualdad de género es una carga para las empresas, 217. Ya no hay diferencias de género en la política, 218
- 8. Mitos sobre la violencia de género** 221
 Algo habrán hecho, 227. La violencia de género es un asunto privado, 230. Los piropos son galanterías *versus* Todos los piropos son agresiones, 233. Violencia de género sólo hay en las villas, 235. Cada vez hay más violencia, 238. Los hombres son más agresivos y violentos por naturaleza, 239. Jamás la violaría porque es muy fea, 241
- 9. Mitos sobre homosexuales, travestis y transexuales** 245
 Los homosexuales son enfermos, 251. La orientación sexual es un tema privado, 254. Seamos tolerantes con la diversidad sexual, 256. Si tenés pito y te gustan los tipos, sos un enfermo, tenés problemas psicológicos y emocionales, 258. Aunque Flor de la V diga que es madre, es padre, 260. Las travestis no son “mujeres” porque tienen pene, 263. Todas las travestis son prostitutas, 264
- 10. Mitos sobre la igualdad entre los sexos** 267
 Todos los hombres nacen iguales, 271. No hay diferencias entre hombres y mujeres, 274. Si todos somos iguales, que las mujeres hachen árboles y carguen ladrillos, 276. No

hay diferencias entre hijos e hijas, 277. El feminismo es el machismo al revés, 281. Las feministas odian a los hombres y reniegan de la maternidad, 282. Todos los feminismos son iguales, 284. El machismo es culpa de las mujeres, 286

Agradecimientos 289

Referencias bibliográficas 291

10. MITOS SOBRE LA IGUALDAD ENTRE LOS SEXOS

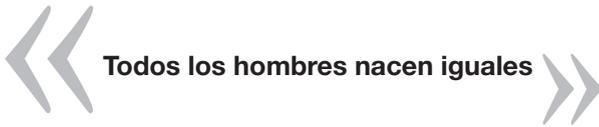


“Igualdad” es una palabra bella y tramposa. Tiene la potencia de la utopía. Estar contra la igualdad entre varones y mujeres es estar a favor de la injusticia. Nuestras Constituciones sostienen la igualdad de todos los habitantes o ciudadanos desde mucho antes de que se implementara el voto femenino, hacia mediados del siglo XX. Hacia finales del siglo XVIII, primero la Declaración de la Independencia norteamericana y luego la Revolución Francesa proclamaron los ideales de “igualdad y libertad”. Entonces, “la igualdad entre los hombres” no incluía a las mujeres. A medida que fueron avanzando, las largas e intensas luchas por la igualdad se encontraron con un dilema. La igualdad de derechos no necesariamente implicaba igualdad de modos de acción, de comportamiento. Así, la igualdad incluía el derecho a ser diferentes. Pero ese derecho era, al mismo tiempo, un mandato: para poder gozar de sus derechos, como destacarse en organizaciones y ejercer poder, las mujeres no debían adoptar los modos “masculinos”, es decir, los modelos dominantes.

Aunque esto suene muy sencillo, es bastante complejo. ¿Puede una mujer dedicar su vida a su vocación, a una empresa o a la política sin adoptar modelos culturales masculinos? Esta pregunta está muy extendida y nos permite tender un puente entre lo que consideramos comportamientos típicamente femeninos y masculinos y otras formas de organización de la vida social. ¿Por qué atribuimos a los modelos “masculinos” la facultad casi natural de ocupar espacios y cumplir funciones en la esfera pública? ¿Será que el mundo de la política, de las empresas y de los lugares de decisión en general se diseñó en sintonía con los estereotipos que regulan la conducta de los varones? ¿Será que hay territorios diferenciados para machos y hembras? ¿Y eso qué quiere decir con exactitud? ¿Que sólo están en condiciones de ocupar lugares de poder las personas fuertes,

corajudas, “rationales” (y que hayan jugado con autitos o soldaditos cuando eran chicas...). ¿O que quienes ocupan esas posiciones no deberían distraerse con las pequeñas delicias de la vida familiar, como llevar a los chicos al pediatra o elegir la torta para la fiesta de 15 de la nena? Si observamos nuestro mundo con la lente de la igualdad, se abren nuevas ventanas.

Aquí intentaremos una respuesta provisoria a la primera pregunta, la que pone el dedo en la llaga al plantear hasta qué punto es posible que las mujeres apuesten a su vocación profesional en una empresa o en la política sin “masculinizarse” en algún sentido. Por supuesto que es posible; pero mientras sigan vigentes los modelos masculinos, siempre será más difícil para ellas.



Todos los hombres nacen iguales

Rousseau decía que “todos los hombres nacen libres e iguales por naturaleza”. Pocos años después, en 1776, la Declaración de Independencia de los Estados Unidos afirmaba que “todos los hombres nacen iguales”. A esa declaración le seguiría casi un siglo de esclavitud, y tendrían que pasar varias décadas más hasta llegar al sufragio femenino, a mediados del siglo XX (aprobado en 1920 en los Estados Unidos y en 1947 en la Argentina). Quienes nacían iguales eran los varones blancos. Los esclavos y las mujeres de cualquier raza, color y condición estaban excluidos: ni unos ni otras eran considerados “hombres”.

¿No ser *hombre* significa no ser *varón* o no ser *humano*? Es una palabra ambivalente por un motivo sencillo. Durante siglos se naturalizó la dominación masculina que identificaba a los varones con la humanidad. Hoy rechazamos esa idea porque el siglo XX ha sido, en cierto sentido, el siglo de las mujeres. El siglo en que esa frase fue sustituida por “todos los seres humanos nacen iguales”, el siglo del sufragio femenino, del acceso de las mujeres a la educación, al trabajo y a la autonomía económica, a los cargos públicos y a casi todas las profesiones.

Sería absurdo desconocer esos avances, sin duda impresionantes. Pero no deben invitarnos a la conformidad. Al contrario, nos llevan a preguntarnos por aquellos lugares del mundo o culturas donde todavía no se verificaron y por la persistencia de ciertas desigualdades en nuestras propias sociedades o en nuestra propia vida.

Este libro fue escrito en la tensión de estos cambios, a la vez notables e insuficientes.

Hagamos un ejercicio. Supongamos por un momento que en la Argentina no existen prejuicios de género, que las mujeres tienen idénticas oportunidades que los hombres. ¿Cómo se explica entonces que en más de treinta años de democracia haya habido sólo unas pocas gobernadoras en veinticuatro provincias? ¿Cómo se explica que nunca una mujer haya dirigido la Confederación General del Trabajo, la Unión Industrial Argentina o la Sociedad Rural Argentina? ¿Cómo se explica que la Universidad de Buenos Aires y la mayoría de las universidades nacionales nunca hayan tenido una rectora, que una mujer jamás haya accedido al puesto de máxima autoridad académica? En América Latina las mujeres comenzaron a ocupar cargos de rectoras, gobernadoras o presidentas, pero todavía es un fenómeno minoritario y en algunos países bastante excepcional.

Otro ejercicio. Admitamos por un momento que en los países de la región los varones no detentan mayor poder que las mujeres. ¿Cómo se explica entonces que ellas sean manoseadas en el transporte público? ¿Cómo se entiende que la violación sea ejercida sólo por varones? ¿Cómo se explica que muchos hombres se sientan habilitados o autorizados a decirles groserías a las mujeres por la calle? Llegados a este punto, podemos dar por finalizado el ejercicio. Queda claro que los hombres tienen más poder institucional que las mujeres. Y más poder en la vida social.

Un dato elocuente: Naciones Unidas construyó un Índice de Desigualdad de Género (GII) que mide las desigualdades en tres aspectos importantes del desarrollo humano: la salud reproductiva, el empoderamiento político y el mercado laboral.¹ Cuanto mayor sea el valor GII, mayores son las disparidades entre mujeres y varones. Esos valores varían de manera notable entre países: desde brechas menores al 2,1% (Eslovenia, Suiza y Alemania) hasta el 73,3% (Yemen –uno de los países árabes menos desarrollados– y Nigeria,

1 La salud reproductiva se mide por la tasa de mortalidad materna y las tasas de natalidad en la adolescencia; el empoderamiento, por la proporción de escaños parlamentarios ocupados por mujeres y la proporción de las mujeres y los varones de 25 años y más con al menos alguna educación secundaria; y la situación económica expresada en la participación en el mercado de trabajo se mide por la tasa de actividad laboral de la población femenina y masculina de 15 años y más.

el más poblado del África Subsahariana). Los países con alta desigualdad de género también experimentan una distribución más desigual del desarrollo humano. La Argentina está a mitad de camino, con una brecha del 38,1%.

La desigualdad entre varones y mujeres cambia entre países, y también entre regiones e instituciones de un país, pero siempre conlleva situaciones de injusticia contundentes. Por supuesto que no da lo mismo que la ley considere o no iguales a los varones y las mujeres. Pero tampoco alcanza con esa igualdad jurídica, ya que buena parte de nuestra vida cotidiana se define por creencias, valores y estereotipos que no están escritos en ninguna parte. Por eso escribimos este libro: para sacarlos a la luz y rebatirlos.

Además, tampoco alcanza con aplicar una misma vara a los desiguales. Las sociedades tienen un largo camino por recorrer para que todos sus miembros alcancen la igualdad: un camino que necesariamente contemplará los derechos, problemas y soluciones específicos de las mujeres. En los capítulos previos analizamos estas cuestiones enfocándonos en las tensiones y dilemas de la vida cotidiana. Pero ahora queremos olvidarnos por un rato de la experiencia personal para ver cómo afectan las desigualdades de género el desarrollo de las sociedades y las oportunidades de las generaciones futuras. Así pensada, la desigualdad no se refiere a lo que hacemos unos y otras (¿o unos y otros y unas y otras?) ni mucho menos a lo que libremente elegimos distribuir entre nosotros, sino a los privilegios socialmente construidos, sus efectos y sus costos.

Resulta elocuente lo que advirtió, en 2015, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo:

La desigualdad de género sigue siendo un obstáculo importante para el desarrollo humano. Las niñas y las mujeres han hecho grandes avances desde 1990, pero aún no han obtenido la equidad de género. Las desventajas que enfrentan las mujeres y las niñas son una fuente importante de desigualdad. Con demasiada frecuencia, [...] son discriminadas en salud, educación, representación política, mercado de trabajo, etc., y ello tiene repercusiones negativas para el desarrollo de sus capacidades y su libertad de elección.



No hay diferencias entre hombres y mujeres

¿Cuántas veces, en una conversación cotidiana, repetimos frases como esta en el afán de percibirnos (y presentarnos) del lado de la corrección política? A diferencia de lo que podría suponerse, esta expresión es más frecuente entre quienes no predicán ninguna posición política en defensa de los derechos de las mujeres. Es decir, no son las feministas las que defienden sus posturas negando la existencia de diferencias. Haciendo un ejercicio de conjetura, estas palabras pueden provenir, en cambio, de un gerente de recursos humanos en una empresa de publicidad durante una entrevista con alguien que realiza una investigación sociológica: “En esta empresa no hacemos ninguna diferencia entre hombres y mujeres. Tratamos a todos por igual”. Pero puede suceder que ese gerente, cuando publica un aviso para incorporar una secretaria, aclare: “Entre 25 y 35 años, soltera, sin hijos”. Ni falta hace subrayar que una secretaria “debe” ser mujer. ¿Y por qué se prefieren mujeres jóvenes y sin hijos para estos puestos? A la hora de justificar la elección, se valora la “flexibilidad, el orden y la paciencia de las mujeres” y también su “predisposición para servir a otro”. Se homologan los requisitos del puesto con los estereotipos femeninos. Lo que resuena es lo que deja de decirse: que obedecer órdenes, atender llamados, organizar agendas, escribir a máquina o servir café son funciones de menor prestigio dentro de una organización. Además, por supuesto, de tener menos posibilidades de promoción y de acceso a salarios más altos (Faur y Zamberlin, 2008). Como vemos, la negación de las diferencias es una clara muestra de la complejidad y el cinismo que predomina en torno al tema.

La frase “No hay ninguna diferencia” se enarbola a modo de toma de posición o expresión de principios, como una máxima que no requiere verificación e incluso admite las contradicciones que surgen de la confrontación de los hechos con las ideas formuladas. Existen distintas perspectivas para comprender esta tensión que persiste en el discurso y en las prácticas sociales, porque la relación entre diferencia y desigualdad es compleja. Se trata de conceptos que por momentos se superponen; por ejemplo, cuando vemos que allí donde existe una diferencia (la capacidad reproductiva de las

mujeres) se funda y se justifica un trato desigual (no contratarlas para determinados puestos). Pero esto no significa que “diferencia” y “desigualdad” sean sinónimos. Tampoco son sinónimos sus opuestos: igualdad e identidad. Sin embargo, en el lenguaje cotidiano los empleamos como si lo fueran (Amorós, 2000). Decimos: “Estas flores son idénticas” o “Me compré una cartera igualita a la tuya”. En la tradición de la filosofía política, la noción de igualdad posee un significado distinto: se inscribe como un ideal regulador de base humanista.

En el siglo XXI, la igualdad ante la ley constituye un principio de todos los regímenes democráticos. Desde la creación de las Naciones Unidas con la sanción de la Declaración Universal de los Derechos Humanos (en 1948), inauguró todos los tratados internacionales de derechos humanos sancionados en las décadas siguientes y forjó buena parte de las Constituciones modernas y sus múltiples revisiones. A pesar de este reconocimiento, la igualdad resulta (en la teoría y en la práctica) un ideal por momentos inaccesible, una abstracción que pone en tensión la norma (la igualdad formal) con la experiencia cotidiana de varones y mujeres (la igualdad real).

Ahora bien, el problema derivado del mito que señala que “no hay diferencias” entre varones y mujeres es que, al negar la desigualdad, opera como un antídoto contra cualquier reivindicación de equidad. Simone de Beauvoir partió de este razonamiento cuando, en 1947, escribió en *El segundo sexo*: “Si no hubiera diferencias, ¿qué sentido tendría la lucha por la igualdad?”. Pero la búsqueda de igualdad no supone negar las diferencias, sino cuestionar las desigualdades que son producto de la naturalización de esas diferencias, que llegan a justificarse socialmente como una verdad de Perogrullo. Si la igualdad no supone identidad –ser idénticos unos y otras– ¿entonces qué es? ¿Cómo habría que entenderla? Quizá debamos pensar que cualquier persona tiene deseos y derechos tan válidos como los nuestros.

Somos iguales porque tenemos idéntico derecho a ser diferentes. No somos iguales porque hablamos una misma lengua o compartimos una misma estructura corporal o un sistema de creencias. Lo somos porque todas las formas de sentir, desear y expresarse tienen la misma dignidad e igual derecho a manifestarse. Los modos de sentir que nos parecen naturales y evidentes están arraigados en “nuestra tradición”. En cambio, somos capaces de mirar con extra-

ñeza o desprecio otros modos de conducta, simplemente porque difieren de los nuestros. Y no nos tomamos el trabajo de comprenderlos. Algunos quizá se sorprendan de ver a un varón “muy sensible” o “blando”, otros se perturban si un hombre quiere ser *coiffeur* y nunca falta quien reacciona de modo agresivo: “¿Y ese por qué llora? ¿Es una minita? ¿O es putito?”.

En todas las sociedades hay modelos y jerarquías de valores y prácticas, mecanismos de estigmatización o exclusión. Por ello, somos iguales desde una perspectiva filosófica pero no en la práctica. Este es uno de los viejos ideales incumplidos. En teoría, tenemos los mismos derechos, y esa teoría potencia las luchas por la igualdad. Pero las luchas existen porque, en la práctica, siempre falta algo. La igualdad vendría a ser entonces un lente sumamente eficaz para mirar nuestras sociedades y construir visiones críticas.

Si algo caracteriza a los seres humanos es ser diferentes unos de otros, desde el nacimiento hasta la muerte. En cambio, la igualdad no está dada: debe construirse. Y muchas de las desigualdades existentes tienen que ver con el hecho de que seamos diferentes. Ciertos grupos son considerados inferiores por el color de piel, la religión que profesan, el lugar de nacimiento, el sexo o la orientación sexual, y se actúa en consecuencia.

El principio de igualdad representa entonces un horizonte, un punto de llegada, que requiere instrumentos específicos para su concreción. Los seres humanos nacen “libres e iguales” en un estado ideal de naturaleza, y por lo tanto, el derecho y la política deben apuntar a que estas condiciones orienten un sistema normativo e institucional que proteja y haga efectivos la dignidad y los derechos de todas las personas.



**Si todos somos iguales, que las mujeres hachen
árboles y carguen ladrillos**



Muchas mujeres “paran la olla” y cargan cosas pesadas. Algunas trasladan leña, arrían ganado y llegan a desarrollar más fuerza que infinidad de varones que pasan sus vidas delante de una pantalla de computadora. Pero cabe recordar que, en promedio, no hay

igualdad de fuerza física entre unos y otras. Se estima que, por lo general, las mujeres producen alrededor de dos tercios de la cantidad de fuerza total y aplicada que producen los varones, y que esa es también su proporción de masa muscular promedio respecto de la masculina. No es tanto una diferencia de fuerza, sino de tamaño corporal: al comparar cuerpos de tamaños similares, las diferencias de fuerza son casi insignificantes (Baechle y Earle, 2008). Pero ¿en qué quedamos? ¿No éramos iguales?

Reconocer que los derechos valen en pie de igualdad para todos no significa que varones y mujeres sean idénticos, ni en el plano social ni en el individual. Tampoco son idénticas sus circunstancias, condiciones y potencial de desarrollo social y personal; en este sentido, algunos grupos deben afrontar más obstáculos que otros para satisfacer sus necesidades.

La idea de igualdad remite a la necesidad de equiparar las diferencias entre las personas y sus circunstancias según un parámetro de dignidad mínima común a todos. Se inscribe, por lo tanto, como un acto político y moral. Si tenemos en cuenta el valor de la igualdad como principio, se abre la posibilidad de analizar e interrogar las estructuras sociales, las leyes y las políticas públicas, y detectar (y cuestionar) la existencia de desigualdades en el ejercicio de derechos como parte de un proceso social e histórico. Así, el principio de igualdad se asocia necesariamente al de no discriminación y requiere nuestros mejores y más creativos esfuerzos para diseñar los instrumentos específicos que lleven a su concreción (Faur, 2003).

La noción liberal de la igualdad supone el reconocimiento del otro como un ser humano de igual valor. Sin ella, nos resultaría imposible construir oportunidades y sancionar leyes que busquen eliminar las discriminaciones de hecho y de derecho.



No hay diferencias entre hijos e hijas



Ninguno de nosotros decidió nacer varón o mujer. ¿Decidimos el sexo de nuestros hijos? ¿A los padres y madres les da igual tener hijos varones o mujeres? En 2011, cuando la población mundial alcanzó los 7000 millones de personas, el Fondo de Población de las Naciones

Unidas alertó sobre una particular ausencia. En el mundo nacían más varones que mujeres. En la mayoría de los países los nacimientos se ubicaban entre 104 y 106 niños por cada 100 niñas. En Asia esta relación oscilaba entre 110 y 120 nacimientos de varones por cada 100 de mujeres. Y en algunas regiones los varones superaban los 120. No era un capricho de la naturaleza ni una casualidad. Se calculó que 117 millones de niñas se habían perdido en el proceso de selección del sexo del hijo, a la espera de la llegada de un varón; la mayoría en China y la India, los dos países más poblados del mundo. La mayor natalidad de varones responde a una decisión de los progenitores y es uno de los rostros de la discriminación de género (Unfpa, 2012).

Esto es consecuencia de abortos selectivos o del abandono de las niñas luego de su nacimiento. En las culturas patrilineales, la preferencia por el varón se encuentra en la base de esta práctica y está apuntalada por el perfeccionamiento de las tecnologías de diagnóstico prenatal. Este fenómeno comenzó a observarse en China, la India y la República de Corea en los años ochenta, poco después se constató en algunos países caucásicos (Azerbaiyán, Armenia y Georgia) y durante la primera década del siglo XXI se expandió a Montenegro, Albania y Vietnam (Unfpa, 2012).

En China, el gobierno buscaba controlar el exceso de población estimulando a las familias a tener un solo hijo: los impuestos aumentaban de forma desproporcionada a partir del segundo vástago. Cuando las ecografías mostraban que se estaba gestando una niña, se activaba el dilema. ¿Tener un solo hijo y “encima” una niña? Muchos decidían recurrir a un aborto, y así se iniciaba el proceso de selección, a la espera del ansiado varoncito. Las célebres “tasas chinas” de crecimiento no se aplicaban a la proporción de niñas nacidas en el país, y en 2005 se alcanzó el pico de 120 varones por cada 100 niñas. En 2010 se redujo a 118, mientras que en provincias como Hanui, Fujian y Hainan superó los 125 varones por cada 100 mujeres (Unfpa, 2012, con base en Eurostat).

Esto generó una paradoja: como la acumulación de decisiones en una dirección provocó más nacimientos de varones, se calcula que en las franjas etarias entre 20 y 30 años podría haber 10 o tal vez incluso 20 millones más de varones que de mujeres. Entre las primeras implicancias de esta escasez, hay que señalar que muchos de esos varones heterosexuales nunca podrán casarse porque las mujeres serán más codiciadas.

Por lo pronto, China prohibió el aborto selectivo, aunque la práctica siguió vigente. En 2005 optó por otra medida restrictiva: impedir la detección del sexo mediante ecografías. Hasta que en 2013 modificó su legislación para permitir que las familias tuvieran dos hijos.

En la India, el segundo país más poblado del mundo, la práctica del aborto selectivo también se expandió debido a la creencia en la superioridad innata del varón. Nacen 110 varones por cada 100 mujeres. Lo llamativo es que el número aumenta en los Estados más desarrollados y con mayor nivel de instrucción, como Punjab, Haryana y Uttar Pradesh (John y otros, 2008; Unfpa, 2012). Estudios en profundidad han demostrado que existe una asociación entre la búsqueda de familias menos numerosas y la preferencia por el hijo varón en estos Estados. Así, las parejas buscan constituir una familia con uno o dos hijos varones o, a lo sumo, con dos varones y una niña; pero casi nadie se conforma con dos hijas mujeres. La planificación familiar significa, para ellos, “preparar la llegada de dos hijos varones” (John y otros, 2008: 85).

¿Qué se elige cuando se elige el sexo de los hijos? La cuestión cuantitativa (si es mayor el porcentaje de varones y mujeres que prefieren un hijo varón o si la mayoría no tiene una preferencia específica) abre espacio a una mirada cualitativa: ¿qué esperan los padres y las madres cuando desean una niña o un niño? En los países asiáticos, la preferencia por el varón tiene aristas económicas y culturales. Los hijos varones son valorados por su capacidad de prolongar la descendencia y el apellido (paterno, claro está). También por su aporte económico, ya que salen más temprano al mercado laboral y contribuyen a mantener el hogar paterno incluso después de casados. En la India las mujeres suponen una carga adicional. Además de tener que mantenerlas hasta que se casan, sus progenitores deben garantizarles un buen matrimonio. De allí que exista en varias culturas la costumbre de la “dote de la novia”, que se entrega a la familia del marido, incluso entre los más pobres.

En América Latina desconocemos el patrón de abortos selectivos. Sin embargo, muchas veces se advierte cierta valoración adicional cuando llega un hijo varón. Garantizar la “descendencia” y mantener el apellido paterno son valores indiscutibles para muchos, incluso entre los más jóvenes, que celebran el nacimiento del “varoncito”

con un “plus” de orgullo. Cuando no hay preferencia por ninguno de los dos sexos, los padres suelen esperar algo distinto de un hijo o de una hija. Y las imágenes tradicionales de género entran a jugar con toda su fuerza.

Podremos escuchar a un padre decir “Mejor un varón, para que sea mi compañero de aventuras”, o bien: “Prefiero una nena, porque son más dulces, más cariñosas”. Podremos escuchar a una madre optar por niño o por niña respondiendo a estereotipos igualmente arraigados: “Las hijas siempre te van a cuidar” o “los varones son independientes, pero tienen debilidad por sus madres”. Y así, la pregunta por la preferencia del sexo adquiere otras texturas y se reproduce con la fuerza de repetición de los estereotipos, propiciando en cierta medida una tradición en la que muchos pueden reconocer sus propias expectativas.

En la Argentina es frecuente que, una vez conocido el sexo del bebé en gestación, se generen distintas interpretaciones ante los avatares íntimos del embarazo. Por supuesto que la sociedad no es homogénea, pero existen tendencias y significados arraigados. Así, por ejemplo, las “patadas” de un varón pueden anticipar las de un futuro futbolista; las de una nena, en cambio, prefigurarían las piruetas de una bailarina. La forma de las “panzas” también suscita un léxico que revela cierta mitología de género: puntiagudas (intrépidas) en el caso de los niños; circulares (contenedoras), en el de las niñas. La construcción del sujeto en términos de género comienza en el instante en que padres y madres depositan expectativas diferenciales en el bebé que se está gestando. Y, mientras en la vida adulta los roles y responsabilidades de varones y mujeres son interpelados de manera continua y la igualdad de derechos se encuentra consagrada en la normativa nacional e internacional, la transformación de las imágenes de género no será completa mientras no cuestione las “bienintencionadas” expectativas que preceden al nacimiento y que nos acompañan en el transcurso de la vida. Para muestra, basta una simple constatación: en nuestro país sabemos de antemano que un varón podrá ser presidente, capitán del seleccionado de fútbol e incluso papa, mientras que una mujer –por el momento– sólo puede aspirar a una de estas tres posiciones.



El feminismo es el machismo al revés



El feminismo tiene mala prensa, cuando la tiene. Uno de los lugares comunes que lo toman como blanco consiste en asociarlo de manera lineal con el machismo. “Yo no soy machista ni feminista, porque no quiero que ningún sexo esté por encima del otro”. Algún nexo existe entre ambas posiciones, pero está lejos del que pregona el sentido común.

¿Qué es el machismo? Hay distintas concepciones y definiciones. La más sencilla alude a la creencia social de que los varones son y deben ser más poderosos que las mujeres. Pero no es sólo eso. También hay una obsesión masculina con el predominio y la reivindicación de la virilidad a ultranza (Stevens, 1965), que en muchos casos se expresa mediante una actitud posesiva hacia la propia mujer y gestos de agresividad y arrogancia hacia otros varones (Fuller, 1998; Viveros Vigoya, 2006). El término “machismo” fue acuñado en México y se popularizó en el lenguaje cotidiano del ámbito hispanohablante. En el Diccionario de la Lengua española encontramos la siguiente definición: “Actitud de prepotencia de los varones respecto de las mujeres”. El concepto cuenta con traducciones a distintos idiomas y mantiene su raíz original en la noción de “macho”, por lo cual, en inglés, “machista” será “machist”.

¿Y qué es el feminismo? Comencemos por la definición de las Academias de la Lengua: “1. m. Doctrina social favorable a la mujer, a quien concede capacidad y derechos reservados antes a los hombres. 2. m. Movimiento que exige para las mujeres iguales derechos que para los hombres”. La distancia entre un concepto y otro es abismal. El machismo atañe al predominio masculino; el feminismo, a la igualdad de derechos. De modo que se equivocaba quien pensaba que el hecho de no ser “ni machista ni feminista” lo colocaba del lado de la igualdad: aun sin saberlo, era feminista. Al menos en un plano filosófico, ideológico. Después existen las organizaciones y militantes feministas. A diferencia de las ideas, son seres humanos, tienen virtudes y defectos, aciertos y errores.

El feminismo es vapuleado no sólo por quienes parten de un malentendido en relación con su significado: como todo movimien-

to emancipador, resulta incómodo para quienes apuestan por la permanencia de determinado estado de las cosas.

Las críticas y los prejuicios pueden ser virulentos. El caso extremo quizá lo representen quienes afirman que “las feministas son fundamentalistas: feminazis”. ¿Cuál puede ser el punto de comparación entre una feminista y un nazi? Un periodista estadounidense de derecha se valió de ese término y de la analogía que condensa para impugnar a las mujeres que reclaman derecho al aborto, aduciendo, en lo que fue una escandalosa provocación, que ellas dan a los varones el mismo trato que los nazis dispensaban a los judíos. Escritores como Arturo Pérez-Reverte han distinguido a las “feministas racionales” de las “feminazis”. En la década de 1940, las feministas luchaban por obtener el derecho al voto en un mundo que restringía sus derechos políticos, mientras los nazis invadían Polonia y exterminaban a judíos, gitanos y homosexuales. Además, Hitler enfrentó al movimiento feminista alemán, cerró las clínicas de planificación familiar y declaró al aborto un crimen de Estado. Calificar a las feministas de “nazis” es una operación de descalificación que ofende cualquier estándar ético e intelectual.



Las feministas odian a los hombres y reniegan de la maternidad



Hay estereotipos más populares que la “feminazi”: “Las feministas odian a los hombres”, “son todas lesbianas”, “reniegan de la maternidad”... Ninguna de estas afirmaciones resiste un análisis empírico. La mayoría de las feministas son heterosexuales, se casan, tienen hijos y nietos. Algunas se divorcian, se vuelven a casar o no. Como cualquier mujer. Las feministas también se enamoran, se ilusionan, se desilusionan y se vuelven a enamorar. Como cualquier persona. Algunas feministas son lesbianas, claro, como sucede entre mujeres que no militan en el feminismo. Y por cierto, ¿en qué sentido el hecho de que haya lesbianas en el movimiento feminista descalificaría sus reivindicaciones? Es que buena parte de la descalificación se sostiene en mitomanías edificadas en torno a la denigración de sus representantes. La imagen que circula es que entre ellas abundan

las mujeres resentidas, desbordadas, o que tienen algún “problemita” de distorsión de la realidad. Así se construye un argumento a partir de una falacia inicial: si estas muchachas, enardecidas por su emocionalidad, buscan reivindicar la posición de las mujeres en la sociedad no es porque tengan razón, sino porque están alteradas. Al igual que todos los estigmas, esta creencia soslaya cualquier evidencia empírica. Pero ha conseguido imponerse entre determinados sujetos y grupos desde el surgimiento del feminismo. Y, por momentos, logró acallar cualquier debate político o filosófico en relación con la igualdad de derechos.

La historia del feminismo transcurre en paralelo a las revoluciones democráticas de finales del siglo XVIII, aun cuando el vocablo fue acuñado un siglo después. Los principios de “igualdad, libertad y fraternidad” de la Revolución Francesa excluían a las mujeres, a los esclavos y a los hombres de color libres en su definición de los derechos “del Hombre y del Ciudadano”. La lucha por la igualdad de las mujeres se articuló subrayando la contradicción fundacional de esos principios: la noción excluyente atribuida al mismísimo concepto de igualdad. “Las mujeres nacieron como excluidas políticas producto del discurso de la diferencia sexual”, dice Joan W. Scott:

Cada vez que filósofos y políticos proponían la “diferencia sexual” como explicación de los límites que ponían a la universalidad de los derechos individuales, aparecía el feminismo para señalar las inconsistencias. La palabra “mentira” resuena del principio al fin del siglo XIX, cuando las feministas denuncian a la Revolución y a las repúblicas I, II y III por traicionar los principios universales de libertad, igualdad y fraternidad, al negarles ciudadanía (Scott, 2012, pp. 28-29).

Mientras se debatía la primera Constitución francesa, en 1791, Olympia de Gouges redactaba la “Declaración de los Derechos de la Mujer y la Ciudadana”, parafraseando la “Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano”, pergeñada con carácter excluyente por los revolucionarios de 1789. Si bien la Declaración de De Gouges no fue única en su época, según Scott constituye el reclamo más amplio que se formuló en su momento por haber partido de la idea de universalismo de la Revolución y denunciado su carácter parcial o incompleto.

Los reclamos del feminismo, como diría Scott, presentan una paradoja intrínseca: luchan por la igualdad entre los seres humanos, pero para hacerlo necesitan partir de la diferencia sexual, de la construcción de las mujeres como sujeto particular. Esta paradoja no nace de la confusión ni de la debilidad argumentativa de las feministas a lo largo de la historia, sino de la complejidad de una cuestión irresoluble. Scott recupera la noción de “paradoja” de Olympia de Gouges, de quien cita un pasaje memorable, escrito en 1788:

Si voy más allá sobre este asunto, llegaré demasiado lejos y me atraeré la enemistad de los nuevos ricos, quienes, sin reflexionar sobre mis buenas ideas ni apreciar mis buenas intenciones, me condenarán sin piedad como una mujer que sólo tiene paradojas para ofrecer, y no problemas fáciles de resolver.

Las paradojas de las feministas han sido interpretadas, reiteradamente, como producto de sus confusiones, lo cual sirvió más de una vez para justificar la persistencia de su exclusión. En Francia, Olympia de Gouges fue guillotizada por los jacobinos, y a muchas otras se las tildó de ridículas e incoherentes o se las acusó de ser “fuentes de desorganización moral”; o bien, como a Hubertine Auclert –militante que osó luchar por el sufragio femenino en la Francia de 1880–, de estar “afectadas por la locura o la histeria; una enfermedad que las hace ver a los hombres como sus iguales”.



Todos los feminismos son iguales



Hay distintas intensidades y tipos de machismo y feminismo. Sin embargo, mientras hay machismos recalcitrantes, feticidas y femicidas, ningún feminismo, por más “extremo” que resulte en sus planteos, incluye el uso de la violencia y menos aún el homicidio. Todas las ramas que alberga tienen en común la rebeldía contra la evidencia de la dominación masculina y la discriminación de las mujeres en la sociedad. También la renovación de sus demandas en distintos momentos históricos. Pero, así y todo, existen diferencias *entre* femi-

nistas. Las hay liberales, radicales y socialistas; las hay estructuralistas y postestructuralistas; las hay cristianas o incluso teólogas y las hay ateas.

El “feminismo de la igualdad” entiende la diferencia sexual como irrelevante con relación a la universalidad de los derechos. Pone énfasis en que cualquier desigualdad de derechos entre varones y mujeres es injusta y debe ser revertida. Por su parte, el “feminismo de la diferencia” parte del reconocimiento y la celebración de aquellas características distintivas de las mujeres porque entiende que la noción abstracta de individuo esconde las diferencias y perpetúa la opresión al fundarse sobre la masculinidad como norma. El movimiento feminista surge, se expande y persiste en esta dualidad: el contrapunto entre igualdad y diferencia que, coincidimos con Scott, comporta una tensión irresoluble.

La diversidad de posiciones no sólo afectó a las mujeres feministas sino también a los varones; entre otros, a los autores profeministas liberales (Kaufman, 1989; Kimmel, 1992), que advirtieron que la masculinidad ha sido fuente de privilegios para los varones y apostaron por su transformación. Además, proliferaron perspectivas provenientes de la investigación sobre grupos específicos, que buscan reflejar la discriminación que sufren algunos varones, particularmente *gays*, afrodescendientes, etc. Y, por último, están quienes reivindican un enfoque socialista y consideran que la “dominación patriarcal” forma parte de la lógica de jerarquización entre seres humanos, que también se expresa en el sistema de clases sociales (Connell, 1995; Seidler, 1991).

Mientras tanto, cada logro a favor de la igualdad de género evidenció otros pliegues de la desigualdad legal, institucional, social y cultural. Una vez alcanzado el voto femenino (en Francia, por ejemplo, ocurrió ciento setenta años después de iniciada la lucha), quedó claro que esa conquista sólo representaba el primer paso de un largo y zigzagueante camino. Simone de Beauvoir publicó *El segundo sexo* en 1949, pocos años después de la sanción del voto femenino en su país. Según la filósofa Amelia Valcárcel: “*El segundo sexo* es una obra a destiempo que parecía quedarse en el vacío, pues por un lado el sufragismo, como teoría y como movimiento, parecía haber quedado desactivado una vez conseguido el derecho al voto en la mayoría de los países occidentales, y por otro adelantaba los grandes temas del feminismo de la segunda mitad del siglo XX” (Val-

cárcel, 1993). La obra de Simone de Beauvoir puso de manifiesto que el feminismo, lejos de conformarse con la obtención de ciertos derechos en el terreno político (o legal), todavía tenía mucho que decir.

Las reivindicaciones se han diversificado. En respuesta a la idea de que el feminismo sería fruto de la emocionalidad desbordada de un grupo de mujeres inadaptadas, la autora bell hooks (2000) es contundente: “Es una feminista rara aquella que no cuenta con un arsenal de estadísticas a su disposición para respaldar sus afirmaciones”. Si se quiere reclamar, por ejemplo, la igualdad en la remuneración, conviene tener presente el dato básico de que una mujer gana 77 centavos por cada dólar que percibe un varón. Si se quiere luchar contra la cultura de la violación, no puede desconocerse que el 75% de las mujeres que informaron haber sufrido una violación eran menores de 25 años en el momento de la agresión. El problema, para hooks, radica en que “la mayoría de la gente no entiende el sexismo o, si lo hace, piensa que no es un problema”.

« El machismo es culpa de las mujeres »

Otra mitomanía sobre la tensión entre machismo y feminismo responsabiliza a las mujeres por la continuidad del primero. ¿Cómo se sostiene esta posición? Subrayando, como hacen en Colombia, que “machismo se escribe con ‘M’ de mamá”. La lógica argumentativa de esta afirmación es demasiado lineal. Si a los niños varones los crían sus madres y resultan machistas, ergo: el machismo es culpa de las mujeres. Este argumento silencia la influencia de otras instituciones que, además de la familia, contribuyen a la socialización de género; entre ellas, la escuela, los clubes de fútbol, la iglesia, el ejército y el ordenamiento legal que regula la vida en sociedad. Como si las madres, por el solo hecho de ser mujeres, estuvieran a salvo de pensar que “ser varón es ser importante”, como decía el autor catalán Josep-Vicent Marqués. Por otro lado, la frase niega la capacidad de discernimiento de las nuevas generaciones. Un varón (o una mujer) machista seguramente tuvo, a lo largo de su vida, más de una oportunidad para cuestionar sus prejuicios y preconceptos.

Cabe aclarar que existen casos en los que las víctimas de desigualdad otorgan algún nivel de consentimiento. A veces por miedo, o por dificultad económica o cultural de construir una vida autónoma, o por temor a la violencia, o porque prefieren padecer un trato desigual o injusto antes que atravesar situaciones que impliquen un riesgo físico directo. Si jamás hubiera habido consentimiento, la historia de la humanidad sería muy distinta y el feminismo habría nacido con la primera mujer. Los procesos de naturalización son, en rigor, una fábrica de consentimiento para que las injusticias puedan perpetuarse en el tiempo. Para nosotros, el consentimiento no justifica la injusticia. Pero influye en las estrategias específicas que generamos para revertirla. Recordemos que el feminismo no nació con la primera mujer sino con la Ilustración, que llegó como un hijo no buscado, un efecto secundario de la noción de igualdad entre los hombres. Porque no olvidemos que, como dice Valcárcel, si la igualdad es un “pacto” social, sólo pueden pactar quienes son libres.